

El paralelismo entre los dos muchachos, ejemplares incontaminados de sus respectivos momentos históricos, es tan manifiesto en su conclusión —la salvación por la huida— que la mayoría de la crítica lo ha señalado. Pero, lo que no ha sido observado, es la minuciosidad con que está trazado el principio al que responde. Veamos el paralelismo, o mejor la auténtica repetición de sus respectivas actitudes.

Lo soledad en que se encuentran ambos jóvenes, la desmoralización y la pérdida del sentido de la existencia son radicales y semejantes:

El alférez Celedonio Olmos está luchando sobre su caballo para retener sus dieciocho años, *porque siente que su edad está al borde de un abismo y puede caer en cualquier momento en grandes profundidades, en edades inconmensurables, y está luchando por defender esas torres de su adolescencia, aquellas palabras refulgentes que con sus grandes mayúsculas señalan las fronteras del bien y del mal, aquellas guardias orgullosas del absoluto. Porque después de ochocientas leguas de derrotas y deslealtades, de traiciones y disputas, todo se ha vuelto turbio. Y perseguido por el enemigo, sangrante y desesperado, sable en mano, ha ido subiendo uno a uno los escalones de aquellas torres en otros tiempos resplandecientes, y ahora ensuciadas por la sangre y la mentira, por la derrota y por la duda. Y defendiendo cada escalón mira a sus camaradas, pide silenciosa ayuda a quienes están librando combates parecidos* (27).

Semejantes sentimientos tiene Martín a quien:

Le pareció *estar ingresado en un sueño como en aquella noche en que con Alejandra entraron en la misma habitación; sueño, ahora, ahondado por el fuego y por la muerte... Y empezó a ambular lentamente, como un cuerpo sin alma y sin piel, caminando sobre pedazos de vidrio y empujado por la multitud implacable. Caminaba sin ver a su alrededor, mientras restos de pensamientos eran nuevamente fragmentados por violentas emociones, como edificios destruidos por un terremoto que son sacudidos por nuevos temblores.*

Tomó un ómnibus y *la sensación de que el mundo no tenía sentido se le presentó con mayor fuerza: un ómnibus que corría con tanta decisión y potencia, hacia alguna parte que a él no le interesaba un mecanismo tan preciso, técnicamente tan eficaz, llevándolo a él que no tenía ningún objetivo ni creía ya en nada ni esperaba nada ni necesitaba ir a ninguna parte; un caos transportado por horarios exactos, tarifas, cuerpos de inspectores, ordenanzas de tránsito* [666 y 673-74].

Pero el ejemplo de muchos de los seres que les rodeaban en esos trágicos momentos fue dejando huellas en ellos:

(27) Páginas 667-668. La cursiva de esta cita y las siguientes es mía.

Cuando el escuadrón correntino desertó de las filas de Lavalle, el alférez Celedonio Olmos observa el estado de desesperanza en que quedaron sus compañeros y a pesar de ello, cómo reaccionaron:

«Ahora todo se ha perdido.» Sólo les queda esperar la muerte, al lado de su jefe. Y cuando Lavalle les dice: «Resistiremos, verán, haremos guerra de guerrillas en la sierra», ellos permanecen callados mirando hacia el suelo. «Marcharemos hacia Jujuy por el momento». *Y aquellos hombres que saben que ir hacia Jujuy es desatinado, que no ignoran que la única forma de salvar al menos sus vidas es tomar hacia Bolivia, por senderos desconocidos, dispersarse, huir, responden: «Bien, mi general.»* Porque, ¿quién ha de ser capaz de quitarle los últimos sueños al general niño? [670].

O en otra ocasión, cuando las noticias que trae el ayudante Lacasa, vuelven a resultar desesperanzadoras:

¡Y las noticias del ayudante Lacasa!, piensan Pedernera, Danel y Artayete y Mansilla y Echegüen y Billinghamurst y Ramos Mejía. *Pobre general, hay que velar su sueño, hay que impedir que despierte del todo* [681].

Y ahí llega Lacasa, reventando caballos para decirle lo que todos ellos saben. Así que, *no se acercan, no quieren que el general advierta que ninguno de ellos se sorprende del informe.* Y desde lejos, *apartados, callados, con cariñosa ironía, con melancólico fatalismo, siguen aquel diálogo absurdo, aquel informe negro: «todos los unitarios han huido hacia Bolivia»* [681].

E incluso, ya muerto el general, dice el coronel Pedernera: «Oribe ha jurado mostrar la cabeza del general en la punta de una pica, en la plaza de la Victoria. *Eso nunca había de suceder, compañeros.* En siete días podemos alcanzar la frontera de Bolivia, y allá descansarán los restos de nuestro jefe» [685]. «... Y cuando el día amanece, reincidían la marcha hacia el norte... Ciento sesenta y cinco hombres, galopando furiosamente durante siete días por un cadáver» [689].

Por su parte Martín ha encontrado casualmente a una mujer, Hortensia Paz, de quien también recibirá la misma lección de esperanza y solidaridad:

«... Se descompuso. Entonces les dejé que le trajeran acá. Martín enrojeció e intentó incorporarse. Pero ella lo retuvo. *Espere un momento, quién le corre.* Quizá, ella, lo comprendió porque dijo: *Yo también, no vaya a creer.* Vaciló un momento. *Pero al menos ahora tengo trabajo acá y puedo tener al nene conmigo. Hay mucho trabajo, eso sí, pero tengo esta piecita y puedo tener al nene.* ... Y luego... —dijo, sin levan-

tar la vista— *hay tantas cosas en la vida*. Levantó su mirada y nuevamente encontró la expresión de ironía en la cara de Martín. Y ella, volvió a emplear aquel tono de amonestación, mezclada a la compasión y al temor. *Sin ir más lejos, míreme a mí, vea todo lo que tengo*. Martín miró a la mujer, a su pobreza y su soledad en aquel cuchitril infecto. *Tengo al nene* —prosiguió ella tenazmente—, *tengo esa vitrola vieja con unos discos de Gardel; ¿No le parece hermoso «Madreselvas en flor» y «Caminito»?* Con aire soñador, comentó: *Nada hay tan hermoso como la música, eso sí*. Dirigió una mirada al retrato en colores del cantor: desde la eternidad, Gardel, deslumbrante con su frac, también parecía sonreírle. Luego, volviendo hacia Martín, prosiguió con su censo: *Después están las flores, los pájaros, los perros, que sé yo...* Casi con entusiasmo, dijo: *¡Es tan lindo vivir! Mire, niño: yo tengo veintiocho años, y ya me da pena porque un día tendré que morirme*. Martín la miró, había creído que tenía cuarenta años.

Cerró los ojos y quedó pensativo. La mujer creyó que volvía a sentirse mal, porque se acercó y nuevamente le puso la mano en la frente. Martín volvió a sentir aquella mano cubierta de callos. Y Martín comprendió que, tranquilizada, en una pequeña, aquella mano permanecía un segundo más torpe, pero tiernamente, en una pequeña caricia tímida.

Abrió los ojos y dijo: *Me parece que el té me ha hecho bien*. La mujer pareció sentir una extraordinaria alegría» [686-687].

Los dos muchachos aprovecharon la lección. Primero el alférez Celedonio Olmos y luego Martín al igual que aquél, reaccionaron a su pesimismo y supieron entrever, más allá de su soledad, la esperanza y la fe en un futuro comunitario:

«... Nunca Oribe tendrá la cabeza» le ha dicho el sargento Sosa. Así que en medio de la destrucción de aquellas torres, el alférez adolescente, empezaba a entrever otra: refulgente, indestructible. Una sola. Pero por ella valía la pena vivir y morir» [689-690].

Y Martín, tras la caricia de Hortensia Paz:

«Se quitó el anillo que llevaba en el dedo meñique, regalo de su abuela. Le regaló este anillito. La muchacha se puso colorada y se negó. ¿No me dijo usted que en la vida hay alegrías? —preguntó Martín—. Si me acepta este recuerdo tendré una gran alegría. La única alegría que he tenido en el último tiempo. ¿No quiere que me ponga contento? Hortensia seguía vacilando. Entonces, se lo puso en la mano y salió corriendo» [688].

Y además:

«Como había dicho Bruno una vez: *La guerra podía ser absurda o equivocada, pero el pelotón al que uno pertenecía, era algo absoluto.* Estaba D'Arcangelo, por ejemplo. Estaba la misma Hortensia. Un perro, basta» [688].

Esperanza en un mañana mejor y solidaridad para conseguirlo. Solidaridad sabiéndose argentinos:

«—Qué grande es nuestro país, pibe...

Y entonces Martín, contemplando la silueta gigantesca del camionero contra aquel cielo estrellado mientras caminaban juntos, sintió que una paz purísima entraba por primera vez en su alma atormentada» [701].

Y solidaridad a través del sufrimiento y la frustración: «... todos sabemos que ese hombre —un rengo, un hombre que le faltan los dos brazos, etc.— es un desamparado total, y en ese mismo momento, cosa curiosa y paradójica, empieza a serlo menos pues lo vemos, lo advertimos, sufrimos mucho por él...» [711, apéndice].

Ambos marchan hacia una soledad todavía más absoluta. Martín hacia la helada y desértica Patagonia, y Celedonio la siente así tras cruzar la frontera y dejar atrás su país. Ya no era necesario huir, había conseguido la tan deseada paz tras tantos años de derrotas, pero «una paz, sin embargo, tan desolada como la que reina en un mundo muerto, en un territorio arrasado por la calamidad recorrido por silenciosos, lúgubres y hambrientos caranchos» [699].

Según Murena es necesario para el hombre americano afrontar voluntariamente la soledad, que es parte integrante de su ser, para poder posteriormente realizarse en una existencia plena: «Nuestro mundo, nuestro presente y nuestro obstáculo, es la soledad; por eso, es preciso enfrentarla. Sólo frente a ella, obtendremos la libertad, esto es, existiremos, esto es, haremos arte y no artificio; sólo viviéndola alcanzaremos el arte nacional que nos vedamos mientras escapemos por la puerta fácil del nacionalismo, del pasado; sólo padeciéndola, comenzaremos a triunfar sobre ella, a ser nosotros» (28).

Este parece ser el mensaje simbólico que Sábato ha querido dar a sus compatriotas, al escoger la Patagonia como lugar de salvación para Martín. La soledad, libremente afrontada, la meditación sincera con uno mismo, el reconocer como únicos problemas fundamentales del ser humano los que dimanaban de su condición como tal, eso es lo

(28) H. A. Murena: *El pecado original de América*, p. 75.

necesario para salvarse de este caos en que está sumido su pueblo argentino y nuestra común civilización.

Olvidémonos de los bienes materiales, de las necesidades torpemente adquiridas. Huyamos hacia lo natural, lo primitivo, lo no contaminado, y ayudémonos unos a otros, para que esta utopía pueda llegar a ser posible.

También entre Celedonio Olmos y Martín existe a la vez que una supervivencia de valores, una contraposición en la manera de ser puestos de manifiesto:

Celedonio huye hacia el norte. Martín lo hace hacia el sur. Celedonio va hacia el calor. Martín hacia el frío. Celedonio pertenecía a la oligarquía enriquecida. Martín es pobre. Celedonio en su desesperanza, busca refugio en el recuerdo de su niñez y en el de su madre [674]. Martín no tiene ni siquiera esa ayuda.

Igual ocurría con Fernando y Lavalle; las circunstancias accidentales de ambos personajes son contrarias, a pesar de su paralelismo esencial.

En consecuencia, Sábato se muestra a través de su obra de ficción absolutamente pesimista en relación al hombre como forjador de su propio destino, porque niega la existencia de la libertad que se lo posibilite: Fernando patentiza que no existe la libertad biológica y psicológicamente hablando, como ya dijimos. Y Martín también evidencia su falta al mostrarse condicionado, si no determinado, a la existencia o inexistencia de unos valores transmitidos a través de la historia. Para Sábato el hombre hoy no es un hombre libre porque la libertad que ha conquistado a lo largo de la historia es una libertad negativa que le lleva a otro estado de mayor sometimiento, que es en el que nos encontramos. El hombre hoy ha conseguido la libertad externa, pero no es capaz de realizar su individualidad porque ha sido a costa de perder su «yo».

(El pensamiento de Sábato en este punto es coincidente con el de E. Fromm en *El miedo a la libertad*.)

MARINA GALVEZ ACERO

Parque de la Colina, 16, 3.º E
MADRID-27